

## CAPÍTULO XX

---

### Celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas

El celo<sup>1</sup> es a la vez fruto y prueba inequívoca de la caridad. Efectivamente, no se puede amar a Dios sin desear que sea conocido, amado y servido por todos los hombres; sin dolerse de verlo ofendido y sin desear ofrecer al prójimo los bienes espirituales que pueden conducirlo a la vida eterna.

El celo esta siempre en proporción directa a la caridad: quien tiene mucho amor de Dios, se halla devorado por el celo; quien poco ama, poco celo tiene. Los santos, que sobresalieron siempre en caridad, también han destacado en celo; pero cada uno lo ha manifestado de modo distinto, según su estado y las situaciones que le tocó vivir.

Toda la vida del Padre Champagnat se resume en una obra constante de celo, y le bastará al lector recordar los momentos clave de la misma para comprobar a qué perfección llegó esta virtud en aquel venerable sacerdote.

“Amar a Dios –decía a veces–, amar a Dios y trabajar en darle a conocer y hacerle amar, ésa debe ser la vida de un Hermano.”

En tan pocas palabras esbozó, sin darse cuenta, su propio retrato y condensó la historia de su vida. Esmerarse en unirse a Dios por la práctica de las virtudes más excelentes, trabajar en conquistarle almas: ésa fue la ocupación de toda su vida.

Observadlo desde el momento en que se decidió a abrazar la carrera eclesiástica hasta su muerte: siempre y por doquier lo veréis empeñando en obras de celo.

Durante sus estudios, empleó todos los ratos libres de sus vacaciones en catequizar a los muchachos de su aldea, visitar a los enfermos, ayudarles a bien morir; en consolar a los atribulados y enseñarles a santificar sus sufrimientos, en leer libros religiosos a sus familiares y en instruir a parientes, vecinos y muchas otras personas que acudían deseosas de escucharlo.

Aunque entregado de lleno a sus estudios teológicos, encontró tiempo para concebir y estructurar el proyecto de su Instituto en largos ratos de intimidad con Dios, en los que se dejó empapar del espíritu y de las líneas maestras que debían configurar su obra. En resumidas cuentas, que lo tenía todo dispuesto para comenzarla el día que inició su ministerio.

Nombrado coadjutor de Lavalla, renovó la parroquia con sus obras de celo: confesiones, pláticas, catequesis para los más pequeños, visitas a los enfermos y a las escuelas, entrevistas personales con quienes se hallaban alejados de los sacramentos. No le quedaba un momento libre. Digo mal, aún le quedaba tiempo para instruir a los Hermanos, formarlos en la virtud, enseñarles a dar la catequesis a los niños, e incluso para seguirlos en el ejercicio de su ministerio y poder corregir en su comportamiento y enseñanza lo que pudiera impedirles ser buenos catequistas. Se multiplicaba para estar donde hubiera posibilidad de hacer algún bien.

¿Había una familia<sup>2</sup> dividida? Allí acudía para sembrar paz y concordia. ¿Se enteraba de que en alguna casa iban a dar limosna pública, es decir, distribuir pan a los pobres de la parroquia y alrededores, pues no dejaba de acudir allí para que aquella limosna corporal fuera acompañada de la espiritual. En tales ocasiones, exhortaba a los pobres reunidos, enseñándoles la manera de sobrellevar sin quejarse las privaciones, de santificar su pobreza por la conformidad con la voluntad de Dios, la humildad, la paciencia y el cuidado en unir sus sufrimientos a los de Jesucristo.

Aunque su celo le impulsaba a cuantas obras podían contribuir a la santificación del prójimo, sentía especial predilección por las que tenían como finalidad la instrucción y

educación de la juventud. Dar la catequesis a los niños, formarlos en la piedad y la virtud eran para él una suave satisfacción y un solaz. A veces se detenía en la calle o donde los encontraba para preguntarles los misterios de nuestra santa religión, enterarse de si iban a la escuela o para darles algunos consejos. Le ocurrió en más de una ocasión permanecer horas enteras dando el catecismo a los pastorcitos u otros niños que encontraba en el campo o en las casas cuando iba a visitar a los enfermos.

En los viajes, si se encontraba con niños, trababa inmediatamente conversación con ellos, y, tras un rato de charla, les preguntaba amablemente si habían hecho la primera comunión, si acudían a la catequesis parroquial, y se informaba hábilmente de si conocían los misterios y demás verdades esenciales para la salvación, preguntándoselas o enseñándoselas, sin que ellos lo advirtieran.

Se le oyó repetir a menudo: “No puedo ver a un niño sin sentir deseos de enseñarle el catecismo, de decirle cuánto le amó Jesucristo y cuánto debe, a su vez, amar al divino Salvador.”

A veces, al ver pandillas de niños ociosos, abandonados a su suerte, jugando en la calle, exclamaba: “Estos niños quizá no conocen a Jesucristo, ignoran las verdades consoladoras de la religión o no saben que Dios es su Padre y que están destinados a verlo en el cielo. ¡Pobres niños, cuánto os compadezco! ¡Qué responsabilidad la de vuestros padres al dejaros sin educación ni preocuparse por vosotros!”

Y agregaba: “¡Cuánto bien podrían realizar aquí los Hermanos si hubiera una escuela! Los niños no andarían por las calles, donde sólo ven malos ejemplos y aprenden a hacer el mal. Estarían en clase, al abrigo de los peligros del mundo, y se educarían en la piedad, la virtud y los conocimientos que más tarde les serán necesarios.”

La triste suerte de tantos niños que crecen sin educación le hacía suspirar por tener más Hermanos. Un día, al pasar junto a una cuadrilla de obreros, todos ellos jóvenes de unos veinte años, exclamó después de fijarse en ellos detenidamente: “¡Qué lástima que se los lleve el mundo! Si conocieran la dicha de servir a Dios y trabajar por la salvación de las almas, lo dejarían todo para ingresar en nuestro noviciado.”

Luego añadió: “Me parece tan grande la felicidad de la vida religiosa y tengo tantas ganas de disponer de Hermanos para ofrecérselos a las parroquias, que difícilmente me encuentro con jóvenes sin sentir el mismo deseo y sin pedir a Dios que los llame a esta hermosa vocación.”

A menudo mandaba hacer novenas a la comunidad para pedir a Dios Hermanos, y esta era una de las principales intenciones que solía proponerse en los ejercicios de piedad.

Pero, convencido de que los Hermanos sólo hacen el bien en la medida en que poseen el espíritu de su estado, consideró siempre como uno de sus deberes primordiales el formarlos en la virtud sólida, convertirlos en buenos catequistas e inculcarles celo ardiente por la santificación de los niños. Este punto capital constituía el centro de su preocupación y sus afanes diarios. Las instrucciones que les dio al respecto llenarían libros enteros. Para no ser prolijos, nos limitaremos a consignar aquí algunos de sus pensamientos.

\* \* \*

Lo primero que trataba de inculcar a los Hermanos, era el fin de su vocación.

“No olvidéis –les decía– que el fin que nos hemos propuesto al fundar el Instituto no es precisamente dar instrucción primaria a los niños. Este es tan solo un medio para alcanzar mas fácil y perfectamente aquel objetivo. El fin autentico de vuestra vocación es dar educación cristiana a los niños, es decir, enseñarles el catecismo, las oraciones, y formarlos en la piedad y la virtud.

Los señores curas párrocos que os llaman, en parte delegan en vosotros esa función de su ministerio. Los padres, al confiaros a sus hijos, os encomiendan igualmente su instrucción religiosa: se despreocupan totalmente del comportamiento y de la educación religiosa de sus hijos, de que recen y se confiesen; al entregároslos, piensan que ya han cumplido con obligación tan importante.

Si descuidáis la instrucción y educación cristiana de vuestros alumnos, además de ofender a Dios y faltar al más sagrado y primero de vuestros deberes de maestros, defraudareis la confianza que han depositado en vosotros los pastores de la Iglesia y los fundadores de la escuela, abusaréis de la buena fe de los padres que os confían sus hijos para que les deis ante todo los principios religiosos, destruiréis la congregación, apartándoos del fin que se propone, e iréis contra los planes que la Providencia tuvo al crearla. Así pues, que nadie, so pretexto de enseñar las ciencias profanas, descuide la catequesis y alegue que no puede dedicar a tal ejercicio el tiempo señalado por la Regla. Recordad que nuestro primer objetivo es educar cristianamente a los niños, que sólo hemos consentido en enseñar también las ciencias profanas para tener mayor facilidad para darles el catecismo diario, y así grabar más profundamente en su corazón la ciencia de la salvación. La historia, la gramática, el dibujo técnico y los demás conocimientos de este tipo, deben ser en vuestras manos el cebo<sup>3</sup> del que debéis servir para atraer y mantener a los niños en las escuelas.

¿Sabéis que hacen los misioneros en países de misión? Se valen de espejitos, cuchillos, estuches y otras mil chucherías para atraer a los paganos. Les prometen darles tales objetos si los escuchan y se dejan instruir. Y mientras los paganos contemplan los espejos, el misionero les habla de Dios y les enseña las verdades de la religión. Así tenéis que hacer con vuestros alumnos: enseñarles a escribir bellas paginas de escritura, ponderarles el dibujo, la geografía, etc.; pero, mientras les dais clases de estas materias, no olvidéis las lecciones de catequesis y esforzaos para que ocupen siempre el puesto de honor.

Además, poned el mayor empeño en que la religión aparezca en todas las ramas de vuestra enseñanza, y que los conocimientos en los que iniciáis a los alumnos les ayuden a alimentar su fe y piedad, los induzcan a amar la religión y los lleven a Dios.”

\* \* \*

El Padre Champagnat tenía talento especial para hacer todo lo que aquí aconseja a los Hermanos.

En una de sus visitas, llegó al aula durante la clase de dibujo y geometría. Les preguntó primero qué estaban haciendo y qué sabían de tales materias. Luego añadió: “Hijos míos, veo con gusto que seríais capaces de medir la tierra. Está muy bien; algún día podréis necesitarlo. Pero no olvidéis de aprender a medir también el cielo. Para aprender a medir el cielo debéis saber lo que vale, que hay que hacer para merecerlo, lo que le costó a Jesucristo prepararnos allí un lugar. Sí, queridos niños, ¡cuántas cosas hay que medir en el cielo! ¡Es tan grande, tan hermoso, tan rico! Conocéis la escala de proporciones, según acabáis de demostrarme. ¿Sabríais decirme cuál es la escala del cielo? Son los mandamientos de Dios. Si los conocéis, si los cumplís, os servirán de escala para subir al cielo.”

En otra ocasión, encontró a los niños en la clase de historia de Francia.

- ¿Qué lección -le preguntó- tenéis para hoy?

- El reinado de Clodoveo -le contestaron.

Rogó a los niños que se la recitaran. Cuando llegaron a la batalla de Tolbiac, les interrumpió y les dijo:

- ¿Qué nos quiere decir esta historia? Veo que os encontráis en apuros para responderme.

¡Bueno, pues voy a decíroslo, con tal que me prometáis no olvidarlo. Esta historia nos enseña tres cosas:

1. *La fuerza y eficacia de la oración.* Clodoveo<sup>4</sup> se vuelve a Dios con una oración jaculatoria y esta corta oración le proporciona una victoria brillante.

2. Que *la piedad, es decir, la oración es útil para todo*<sup>5</sup>. Nos consigue la ayuda de Dios y el éxito en los asuntos temporales cuando entran en los planes de la Providencia, y en los espirituales. De modo que la oración puede proporcionar a un general la victoria sobre el enemigo de la patria, a un obrero el éxito en su oficio, a un alumno inteligencia para aprender las lecciones y hacer correctamente sus tareas de clase.

3. Que la oración nos puede alcanzar, con mayor motivo, *la victoria sobre los enemigos de la salvación.* Cada día, hijos míos, tenemos que luchar contra el demonio, que pretende hacernos ofender a Dios y llevarnos a la perdición. Pero si, como el rey Clodoveo, oramos, si acudimos a Jesús llamándole en nuestra ayuda; si, como Clodoveo, prometemos servirle y no reconocer más Dios que a él, saldremos siempre victoriosos.

Un día estaba dando él mismo una clase de geografía a los Hermanos. Trataba aquella lección de las capitales y demás ciudades importantes de Asia. Cuando llegó a Jerusalén, preguntó:

- ¿Qué observación puede hacer sobre esta ciudad?

Cuando el Hermano dio la respuesta que venía en el texto, el Padre repuso:

“Esta ciudad, desde la muerte de Nuestro Señor, ha sido un caso excepcional por sus vicisitudes. Diecisiete veces ha cambiado de dueño, es decir, que fue dominada por otras tantas dinastías. Perteneció y se halla aun en manos de los más encarnizados enemigos del cristianismo. Y, sin embargo, pese a todas estas vicisitudes, pese al furor de los malvados y del infierno, el santo Sepulcro siempre ha sido respetado, y el culto público de la religión cristiana se ha mantenido ininterrumpidamente. Se ha podido ofrecer siempre el santo sacrificio de la misa y no han cesado de acudir fieles de todas las naciones a visitar el sepulcro de Nuestro Señor. De ese modo se cumple la palabra de la Escritura que es una auténtica profecía: *Voy a hacer de tus enemigos estrado de tus pies*<sup>6</sup>.

El Sepulcro de Jesucristo permanece intacto; más aún, es respetado, venerado, glorificado, aunque esté en posesión de los malvados, de los perseguidores de la religión cristiana, de los enemigos del Dios Salvador: prueba inequívoca de su omnipotencia y del amor inmenso que tiene a los hombres. Sí, el amor que Jesucristo tiene a los pecadores le lleva a dejar en sus manos su sepulcro y los demás lugares que consagró y santificó con su presencia, sus sufrimientos y misterios de su vida. Quiere que el Calvario, donde sufrió y murió, que la tumba, donde fue sepultado, estén en poder de sus enemigos, para recordarles incesantemente lo que hizo por su salvación.

Las vicisitudes de Jerusalén son también imagen del pecador que se ha alejado de Dios para entregarse a los vicios, y que tiene tantos amos, o, mejor, tantos tiranos como pasiones.”

De ese modo, el buen Padre hacía resaltar la piedad en todas las lecciones; todos los conocimientos profanos le servían de pretexto para dar a conocer la religión a los niños, para hacérsela amar y formar al mismo tiempo su corazón y su espíritu.

\* \* \*

Nunca manifestaba tanta elocuencia y patetismo como cuando hablaba de la catequesis, de los medios de ganar a los niños para Dios y del bien que puede realizar un Hermano celoso. Hasta los más indiferentes y fríos quedaban impresionados y convencidos y se decidían a hacer mejor la catequesis.

“Queridos Hermanos –nos decía en cierta ocasión–, ¡qué sublime es vuestra misión<sup>7</sup> a los ojos de Dios! ¡Dichosos de vosotros que habéis sido elegidos para una tarea tan noble! Estáis haciendo lo que hizo Jesucristo en la tierra: enseñáis los mismos misterios y verdades. Hacéis lo mismo que hicieron los apóstoles, los doctores de la Iglesia y los mayores santos. Desempeñáis un ministerio que los ángeles envidian y que ellos no pueden ejercer. Tenéis en vuestras manos el precio de la sangre de Jesucristo.

Vuestros numerosos alumnos os deberán, después de a Dios, su salvación. El divino Salvador os confía el cultivo de la más hermosa parcela de su Iglesia, lo que más amó: ¡los niños! Los niños, sus predilectos; los niños, a quienes llamó y de quienes gustaba verse rodeado: *Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de los que son como ellos es el reino de los cielos*<sup>8</sup>. *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*<sup>9</sup>. Los niños, a quienes acarició y bendijo<sup>10</sup>.

Para moveros a cuidar con la mayor solicitud a esos tiernos niños, a respetarlos, a tratarlos con bondad, el divino Salvador os empeña su palabra: *Cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos mas humildes, lo hicisteis conmigo*<sup>11</sup>.

Educar a un niño, es decir, instruirlo en las verdades religiosas, educarlo en la virtud y enseñarle a amar a Dios, ¡es una misión mas sublime y digna que gobernar el mundo! Enseñar a un niño una lección de catecismo, una oración como *el Padre nuestro, el Ave María* es, ante Dios, una acción más noble y meritoria que ganar una batalla. Una catequesis –quiero decir, una catequesis bien dada– vale más que las penitencias más ásperas que pudierais imponeros. Es doctrina de san Gregorio Magno: “Aquel que macera su cuerpo con las asperezas de la penitencia, es menos grato a Dios y tiene menos mérito a sus ojos que quien trabaja en conquistarle almas.”

¿Lo habéis comprendido bien? Por eso Nuestro Señor, que es la misma verdad, afirma: *El que cumpla y enseñe las verdades cristianas, los mandamientos de Dios, éste será declarado grande en el reino de Dios*<sup>12</sup>. Así como nosotros llamamos grandes a los que destacan por su genio, por la elevación o nobleza de sentimientos, por sus hazañas y méritos, así también Dios declara grandes a los que enseñan su santa ley y, con sus lecciones y buenos ejemplos, animan a los demás a cumplirla.”

\* \* \*

“Queridos Hermanos –nos decía en un retiro–, a veces os espanta el recuerdo de las faltas de vuestra vida pasada, teméis la muerte y tembláis ante el solo pensamiento del infierno. Pero tenéis un medio seguro y eficaz para tener una muerte santa y evitar el infierno. Escuchad lo que dice el Espíritu Santo en palabras del apóstol Santiago: *Quien endereza a un pecador de su extravío, se salvará él mismo de la muerte y sepultará un sinfín de pecados*<sup>13</sup>.

¡Cuántos pecados podéis evitar! ¡Cuántas almas podéis salvar! ¡Cuántos niños podéis librar de ir al infierno! ¡Cuántas veces podréis cubrir la multitud de vuestros pecados si desempeñáis debidamente vuestro ministerio, si, con vuestra presencia y vigilancia solícita, evitáis que vuestros alumnos ofendan a Dios! Es incalculable el cúmulo de faltas que podéis evitar.

Pongamos que tenéis cincuenta, sesenta, ochenta y hasta cien niños<sup>14</sup> en vuestra clase. Si no estuvieran en la escuela, en la mayoría de los casos se encontrarían por la calle, con malas compañías, aprendiendo palabrotas, blasfemias o haciendo cosas malas. Por eso, aunque no les enseñarais nada y os contentarais con sacarlos de la calle y tenerlos vigilados, haríais ya un bien inmenso. Porque es muy posible que, abandonados a su suerte, ninguno dejaría de cometer diariamente varias faltas. Y eso evitaréis teniéndolos en clase.

San Juan Francisco Regis<sup>15</sup> solía decir: *Si pudiera evitar un solo pecado mortal, daría por bien empleados todos mis esfuerzos*. ¡Cuánto debéis apreciar vuestra vocación que

os da la oportunidad de impedir centenares cada día! Contad los días que habéis pasado en clase, los niños que habéis instruido y vigilado, y veréis el bien que habéis conseguido y el que todavía podéis conseguir.

Pero ahora me parece oíros una objeción. Estáis de acuerdo en que se puede hacer mucho bien a los niños; incluso que se les educa fácilmente en la virtud. Pero añadís con pena que son muy pocos los que perseveran en los principios recibidos, y que casi todos se dejan arrastrar por las pasiones cuando llegan a la adolescencia.

Os responderé que conservar la inocencia de esos niños durante algunos años, formarlos en la virtud y en las prácticas de piedad cristiana, darles sólida instrucción religiosa y facilitarles la gracia de una buena primera comunión, es ya un gran bien. Pero no acaba ahí el fruto de vuestros afanes.

Unos muchachos educados con esmero, que han experimentado las dulzuras y los encantos de la virtud; que han experimentado la bondad de Dios y la felicidad de servirlo, si más tarde llegan a descarriarse, vuelven a la religión mucho más fácilmente. Al no experimentar en los placeres y satisfacciones de este mundo la felicidad que habían imaginado, dejarán las sendas del vicio para volver al camino de la virtud. Es lo que le ocurrió al hijo pródigo<sup>16</sup>: ¿Qué le movió a volver y echarse a los pies del padre bueno? El contraste entre la felicidad y los bienes de que disfrutaba en el hogar paterno y la desdicha en que cayó al abandonarlo. Si no hubiera conocido a su padre y la dicha de estar a su lado, probablemente no se le hubiera ocurrido volver a echarse en sus brazos y recuperar su amistad.

Una primera comunión bien hecha es prenda de salvación, casi me atrevería a decir que es señal de predestinación, es haber puesto ya un pie en la gloria. Vemos en el Evangelio cómo Nuestro Señor ofreció gracia y salvación a todos los que lo acogían; sólo hubo anuncio de desgracias para los que no quisieron recibirlo o lo recibían mal<sup>17</sup>.

Cuando alguien va a una casa en son de paz y de amistad, si lo reciben mal, se retira indignado prometiendo no volver a poner los pies en aquella casa. Así suele hacer Nuestro Señor al entrar en un corazón por vez primera. Si es mal recibido, si se encuentra allí con sus enemigos –el pecado mortal y el demonio–, se retira para nunca más volver. Una de las causas de que la gente se aleje de los sacramentos, es que los profanaron cuando los recibieron por vez primera.

Preparar bien a un niño a la primera comunión es asegurarle el más preciado de los bienes: es ponerlo en camino de salvación, ofrecerle el medio más seguro y eficaz de afianzarse en él y seguir siendo toda la vida un buen cristiano.

Pero no se prepara a un niño a la primera comunión en unos días. Se necesitan meses y aun años enteros. En efecto, para instruir sólidamente a un niño, corregirlo de sus defectos, formarlo en la virtud, inspirarle sentimientos de piedad, conseguir que ame la ley de Dios y acostumbrarlo a las prácticas religiosas, se necesita tiempo.

Así mismo, para que lleguen a comprender el valor de un acto tan importante y las disposiciones con que deben acercarse a la comunión se necesitan muchas y muy repetidas instrucciones.

Sin duda, hay que preparar a los niños para la primera comunión con un retiro de varios días. Pero tal retiro, que puede producir mucho fruto, y que os recomiendo que hagáis con todo cuidado y celo, es sólo la preparación inmediata, el último esfuerzo que tenéis que hacer para preparar a los niños a recibir a Jesucristo. La preparación remota debe iniciarse desde los ocho o nueve años. A esa edad hay que hablarles ya de ese acto sublime, de las disposiciones con que deben adornarse, de los medios para prepararse bien.<sup>18</sup>

En los ocho años que el Padre Champagnat fue coadjutor de Lavalla, hizo exactamente lo que aquí recomienda a sus Hermanos. Como ya hemos señalado en su vida, reunía

a los niños más pequeños para darles la catequesis, enseñarles a orar, a participar con modestia y piedad en los oficios litúrgicos y hablarles de la primera comunión. Los confesaba cada tres meses, los seguía durante los oficios, les exhortaba a huir de las malas compañías, a asistir a clase, los animaba a rezar algunas oraciones a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y al Ángel custodio para pedir la gracia de hacer una buena primera comunión.

Cuando se acercaba la fecha, estaba más al tanto de ellos, les daba el catecismo, les mandaba asistir a misa casi a diario y los confesaba con más frecuencia. Concluía esta larga preparación con un retiro de varios días, en el que estaba siempre con ellos para inculcarles las disposiciones requeridas para recibir a Jesucristo.

Al hablar de la primera comunión, nunca dejaba de aconsejar a los Hermanos que lucharan contra la vergüenza que pueden sentir los niños y que los lleva a disimular u ocultar sus faltas. “Uno de los lazos más peligrosos del demonio –les decía– es exagerar la gravedad de los pecados y crear en los niños un estado de confusión; así les hace creer que si se acusan de ellos, el confesor los va a regañar y prohibir hacer la primera comunión. Luchad contra esta tentación peligrosa, y decidles: Hijos míos, vuestras faltas no son siempre tan graves como creéis. A menudo, el demonio os hace creer que una cosa es pecado mortal, cuando se trata de un pecadillo insignificante. Además, el confesor no se va a extrañar de vuestros pecados, por muchos y graves que sean, y si los confesáis y detestáis sinceramente, no os hacen indignos de la comunión.

Instruidles con esmero sobre la necesidad de la confesión y sobre su integridad. Inspiradles sumo horror al sacrilegio y hacedles comprender bien que la mayor desgracia que puede sucederles es profanar los sacramentos. Es importantísimo insistirles, una y otra vez, sobre este tema. Vuestras enseñanzas, si están preparadas con esmero y van confirmadas con ejemplos bien escogidos, nunca dejarán de ser provechosas.

\* \* \*

“El celo auténtico –decía el Padre Champagnat en otra charla– es generoso y constante. Y así tiene que ser, pues la salvación de un alma es algo muy grande y merece ser alcanzada aun a costa de grandes sacrificios.

Dios nos ha otorgado esta salvación enviando a su propio Hijo, hecho hombre, que se sometió a todas nuestras debilidades, menos al pecado<sup>19</sup>, trabajó durante treinta y tres años, derramó su sangre y entregó su vida, se anonadó en la Eucaristía y se inmola a diario en nuestros altares.

Si queremos ganar a los niños para Dios, si queremos colaborar con Jesucristo en su salvación, tenemos que sacrificar nuestros trabajos, afanes, fuerzas, salud y, si fuera preciso, hasta nuestra misma vida a ejemplo del divino Salvador. No se logra la salvación de un alma a menor precio. Y es lógico, pues esa alma ha costado la sangre y la vida de todo un Hombre-Dios.

Un Hermano que carezca de esta capacidad de entrega no es digno de la misión que se le ha confiado. El celo verdaderamente generoso no retrocede ante ningún sacrificio; nada escatima, aprovecha todas las ocasiones de ser útil a los niños, de educarlos, de corregirlos de sus defectos, formarlos en la virtud y llevarlos a Dios. Se hace todo para todos<sup>20</sup>, pone todos los medios y se adapta a todo para conseguir su salvación. El Hermano que no abandona a sus alumnos ni de día ni de noche, que los acompaña de continuo, que sacrifica sus recreos, estudios, descanso, para estar con ellos, mantenerlos en el deber y conservar su inocencia, y que siempre y en todas partes se entrega a su educación y santificación: ése tiene celo realmente generoso.

Por el contrario, el que, obsesionado por su salud, por sus propios intereses o comodidad, escatima la atención que debe a los niños y hace lo estrictamente indispensable, no posee un celo generoso.

Oigo a veces a algunos Hermanos que dicen que la clase es demasiado dura, que les gustaría dejarla. Si conocieran el valor de las almas y cuánto agrada a Dios colaborar en la salvación de una sola, no les costaría nada cincuenta años de clase con tal de colocar a un solo niño en el camino de la salvación.

A otros, los niños les resultan difíciles, díscolos, maleducados, llenos de defectos y no pueden soportarlos. Esos Hermanos carecen de celo y de espíritu religioso, no tienen el espíritu de Jesucristo y desconocen lo que son las obras de Dios. Si los niños fueran perfectos, no necesitarían vuestros cuidados. Precisamente porque tienen defectos, necesitan educación. El mérito está en instruirlos, en ser comprensivos con ellos, en formarlos.

Mirad cuánto costó a los apóstoles convertir el mundo: todos sacrificaron su vida en el empeño. Pensad cuánto cuesta a los misioneros evangelizar a los paganos del Nuevo Mundo y de Oceanía: se exponen a toda clase de sacrificios, a todo tipo de privaciones para lograr la conversión de aquellos infieles. ¿Cómo queremos nosotros salvar las almas sin sufrir o viviendo cómoda y tranquilamente? Podemos quejarnos cuando experimentamos alguna molestia por parte de los niños o de sus padres? Si así nos portamos, ¡qué poco conocemos los caminos de Dios, y qué rastreros y mundanos son nuestros pensamientos y sentimientos!

Jesucristo rescató las almas por la cruz y el sufrimiento. ¡Y nosotros queremos trabajar en su salvación en medio de placeres y satisfacciones de la naturaleza! Con tales sentimientos, ¿qué extraño que no logremos ningún bien, que nuestro ministerio resulte estéril?

Ahora bien, hay algo que no es menos necesario que la generosidad y que es prueba de auténtico celo: rezar por los niños.

Vuestras enseñanzas, vuestros buenos consejos, incluso las correcciones, son una semilla que sembráis en el corazón de vuestros alumnos. No crecerá ni dará fruto si no es regada con la oración. Sin humedad, la tierra nada puede producir; sin oración, nada podemos conseguir ni para nosotros ni para los demás. Cuantos más defectos tengan algunos niños, cuanto más difíciles sean de formar y educar, cuanto menor provecho saquen de vuestras enseñanzas y cuidados, tanto más debéis rezar por ellos. Sólo con la oración podréis ganarlos para Dios: encomendados, pues, diariamente a Nuestro Señor a la Santísima Virgen. Vuestra constancia en rezar por ellos es el mayor acto de caridad que podéis hacer con ellos, y el medio más seguro de conseguir su transformación y hacerlos volver a la senda del bien.”

Al terminar esta disertación que había pronunciado con mucha vehemencia, se detuvo un momento para tomar aliento. Aprovechando la ocasión, se levantó un Hermano y le preguntó si en las fiestas de la Santísima Virgen y en otras, en que se celebran oficios en la iglesia, no sería mejor dar vacación a los niños, para tener más tiempo de recogimiento y oración.

“Querido amigo –repuso el Padre–, en esos días lo mejor es estar con los niños. Reunir a los niños en la escuela, hacerles rezar y aprender el Evangelio, darles una pequeña charla sobre el misterio que se conmemora ese día, y acompañarlos a los oficios, es para vosotros la mejor oración. Es un acto de caridad y de celo que será más grato a María que si pasarais todo el día de rodillas al pie de su altar.

Además, ninguna ocasión más propicia para dar a los niños el catecismo sobre la Santísima Virgen. No creo que haya un solo Hermano que deje pasar una fiesta de la que es Madre, Patrona, Modelo y primera Superiora del Instituto, sin hablar de ella a los niños.

Un auténtico Hermano de María no se conforma con amar y servir a esta augusta Virgen; se esfuerza, además, en hacerla amar y servir por todos sus alumnos, y emplea



todos los medios que le sugieren su celo y piedad para infundirles respeto profundo, confianza sin límites y amor filial hacia esa divina Madre. La devoción a María necesita difundirse, y es una prueba de carecer de tal devoción si no se trata de comunicarla, y se tiene escaso celo para extender y propagar el culto de la Santísima Virgen.”

\* \* \*

La Regla prescribe dar el catecismo dos veces al día. Al principio, se daba incluso tres; pues a la caída de la tarde, los muchachos del pueblo, acudiesen o no a la escuela, se reunían en ella, y un Hermano les explicaba el catecismo durante una hora.

Es más, los Hermanos iban también, especialmente los jueves y domingos, a dar la catequesis a los caseríos de la parroquia. Luego, algunos Hermanos jóvenes, con menos celo que los veteranos, creyeron que bastaría dar la catequesis una vez al día.

Se lo consultaron al Padre Champagnat, y para que se aviniese más fácilmente a sus deseos, adujeron que les faltaba tiempo para las demás asignaturas.

- Amigos -les respondió el Padre-, en nuestro reglamento hemos asignado tiempo conveniente a cada asignatura. Si resultara escaso para alguna de las materias del programa, nunca será el catecismo el que hay que reducir, pues iría en contra de nuestra finalidad específica, sino cualquier otra de las materias menos importantes de la enseñanza primaria.

- Padre -repuso un Hermano-, yo creo que todas son necesarias para el éxito de la escuela.

- Sí, pero el catecismo contribuye más que ninguna otra ciencia a la prosperidad de las escuelas. Además, resulta necesario al niño para su buen comportamiento, para su futuro acierto profesional y sobre todo para el éxito del negocio supremo de la eternidad

- Padre, permítame indicarle que los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que indudablemente ponen tanto empeño como nosotros en el catecismo, lo dan una vez al día.

- Eso no prueba que vosotros tengáis que darlo solo una vez:

“1. Porque es muy probable que si el venerable señor de La Salle hubiera fundado hoy su Instituto, prescribiría dar la catequesis dos veces al día. En efecto, cuando se fundó la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, hace más de ciento cincuenta años, los padres eran extraordinariamente religiosos y educaban personalmente a sus hijos. Los Hermanos se limitaban a completar en la escuela las instrucciones recibidas en la familia. Hoy, desgraciadamente, las cosas han cambiado: los padres, en su mayoría, no conocen ni practican la religión, se hallan volcados en sus negocios temporales, y no se ocupan de la educación de sus hijos. Esta preocupación os la confían enteramente a vosotros. Por eso, en los tiempos que corremos, es imprescindible dar catequesis mucho más a menudo que antes.

2. Porque los niños no están tanto tiempo con nosotros como con los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En las ciudades, los niños acuden a una edad más tierna a la escuela, durante mucho más tiempo y más asiduamente. Además, normalmente son más despiertos y, como están más acostumbrados a hablar francés<sup>21</sup>, entienden mucho mejor las instrucciones de los Hermanos.

Con nosotros, al ser casi todas nuestras escuelas rurales, los niños no están más que unos meses<sup>22</sup> al año; con frecuencia entran ya mayores y se van cuando pueden empezar a trabajar. Por eso tenemos que aprovechar el poco tiempo que están con nosotros para instruirlos convenientemente en las verdades de la salvación, lo cual exige dar el catecismo dos veces al día.

Para prepararlos a la primera comunión, nos hemos visto muy a menudo obligados a darlo tres veces al día: es la única forma de que estuvieran satisfactoriamente prepara-

dos. Por otra parte, aunque demos el catecismo dos veces al día, no por eso dedicamos más tiempo que los Hermanos de las Escuelas Cristianas, pues ellos emplean diariamente media hora, una hora las vísperas de fiesta y hora y media los domingos y fiestas, lo que arroja un total de cinco horas semanales. Nosotros no damos más.”<sup>23</sup>

\* \* \*

Pero no sólo en las conferencias se esforzaba el Padre Champagnat en inculcar a los Hermanos celo santo por la santificación de los niños. En sus entrevistas personales, en las cartas, insistía siempre sobre este tema.

“Deseo y anhelo –dice en una circular dirigida a todas las casas del Instituto<sup>24</sup> –que, a ejemplo de Jesucristo, nuestro divino modelo, profeséis tierno cariño a los niños. Repartidles con celo santo el pan espiritual de la educación religiosa, haced lo posible por formarlos en la piedad y grabar en su corazón sentimientos indelebles de virtud.

“Diga a sus alumnos –escribe a un Hermano<sup>25</sup> – que Dios quiere mucho a los niños buenos, porque se asemejan a Jesús, que es infinitamente bueno; y también quiere a los que no lo son, porque confía que algún día lleguen a serlo. Dígales también que la Santísima Virgen los quiere, porque es especialmente madre de los niños de nuestras escuelas.

Después de dar acertados consejos a un Hermano<sup>26</sup> Director para ayudarle a realizar el bien en la difícil situación por la que pasaba, le dice: “No deje de recordar a los alumnos que son los amigos de los santos, hijos de María, miembros y coherederos de Jesucristo, que el divino Salvador desea su amor y se muestra celoso de ellos y que ve con mucha pena cómo se los roba el demonio y que estaría dispuesto a morir de nuevo en la cruz para demostrarles su amor.” Añádales: “¿Sabéis, queridos niños, por qué Dios os quiere tanto? Porque sois el precio de la sangre de Jesucristo y porque, si queréis, podéis llegar a ser grandes santos con facilidad. ¡Jesús se ofrece incluso a llevaros sobre sus hombros<sup>27</sup>, para ahorraros la fatiga de caminar! ¡Oh, que desgraciados sois si estudiáis con desgana el catecismo, si lo aprendéis mal! Nunca sentiréis la dicha de conocer y amar a Jesucristo.”

A otro Hermano<sup>28</sup> le escribe así: “Esfuércese en dar bien el catecismo, no escatime nada para educar a sus alumnos en la virtud. Convénzales de que sin piedad y temor de Dios nunca llegarán a ser felices; que los malos nunca tienen paz; que sólo Dios puede hacerlos felices, porque sólo para él han sido creados.”

“Queridos amigos –dice a los Hermanos de otra escuela<sup>29</sup> –, haced cuanto os sea posible para que funcione bien vuestro centro. No perdáis nunca de vista el bien incalculable que podéis realizar. Este bien, y la espléndida recompensa que os aguarda, han de estimular vuestro celo y vuestro valor.

Mirad el tierno afecto que el Salvador del mundo muestra a los niños: reprende enérgicamente a los apóstoles que los apartan de su persona<sup>30</sup>. Vosotros, amigos, no sólo no les impedís acercarse al divino Salvador, sino que os esforzáis por llevárselos. ¡Qué bien os acogerá en la hora de vuestra muerte! ¡Con qué generosidad recompensará los esfuerzos y sacrificios que supone la educación de vuestros alumnos! ¡Qué gloria y felicidad os tiene reservadas un Señor tan espléndido, que no deja sin recompensa ni un vaso de agua<sup>31</sup>, y que se ha comprometido a mirar y pagar como hecho a sí mismo lo que hacéis a estos pequeñitos!”

\* \* \*

A un Hermano Director le decía: “Me pregunta qué medios debe emplear para acertar en su empleo y mejorar su escuela. Éstos me parecen los mejores:

1. Procure poner de su parte a la Santísima Virgen, y para ello no olvide considerarla como la primera Superiora de su casa y, en consecuencia, no emprenda nada importante sin consultarla. Ponga bajo su protección su persona, sus Hermanos, sus alumnos: toda su escuela. Haga cuanto esté en su mano para honrarla y extender su devoción. Acuda a ella en todas las necesidades y dígame, después de haber hecho todo lo que tenía que hacer, que peor para ella si sus asuntos van mal<sup>32</sup>.

2. Preocúpese especialmente de los niños pobres, de los más ignorantes, de los menos capacitados. Trate a estos niños con suma bondad, pregúnteles con frecuencia y no tema manifestarles en todo momento que los quiere más porque se hallan más desprovistos de privilegios y bienes naturales. Los niños pobres son para una clase lo que los enfermos para una comunidad: causa de bendición y prosperidad cuando se los mira con ojos de fe y se los trata como a miembros dolientes de Jesucristo.

3. Declare guerra sin cuartel al pecado, y, para ello, esté continuamente con sus alumnos: pues sólo de ese modo puede conservar su inocencia y preservarlos del mal. Esmérese en inculcarles sumo horror al pecado mortal, y recuerde que si tiene la dicha de preservarlos de él y desterrarlo de la escuela, con toda seguridad Dios los bendecirá. En este caso podemos repetir con el apóstol: *Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar contra nosotros?*<sup>33</sup> Si Dios se halla en medio de vosotros y de vuestros alumnos, por la gracia y el amor, nada podrá perjudicaros. Por el contrario, si el pecado y el demonio se infiltran en vuestra casa, ésta se arruinará o, al menos, correrá el peligro de hundirse, por más que contéis con el apoyo de las autoridades y demás personas influyentes del pueblo.

Utilice, querido Hermano, esos tres medios, y le garantizo la buena marcha de su escuela. Diga a los niños que no me acerco nunca al altar sin acordarme de usted y de ellos.

Luego añadía: “¡Oh, cómo me gustaría tener la dicha de educar a los niños y dedicarme personalmente a formarlos en la virtud!”<sup>34</sup>

Nada mejor para concluir este capítulo que recordar cómo terminaba a veces sus instrucciones el piadoso Fundador sobre la necesidad de dar el catecismo.

Después de haber expuesto lo que su celo le inspiraba para recordar a los Hermanos sus obligaciones sobre este punto trascendental, terminaba exclamando: “Al hablaros así, cumplo con mi deber de conciencia; ahora os toca a vosotros cumplir el vuestro. Si lo omitís, si descuidáis instruir a los niños y formarlos en la piedad, podéis haceros responsables: tendréis que responder ante Dios del alma de cada uno de ellos y él os pedirá cuenta de todas las faltas que por ignorancia o falta de formación puedan cometer.”



<sup>1</sup> SANTO TOMAS: “El celo, en cualquier sentido que se considere, procede de la intensidad del amor” (Suma, 1. 2, q. 28, a. 4). SAN AGUSTÍN: “Si te agradan las almas, ámalas en Dios... Y arrastra contigo hacia él a cuantos puedas... Él es el que ha hecho todas las cosas y no está lejos de aquí (Confesiones, libro IV, cap. XII. BAC 11, 446-48).

<sup>2</sup> El señor Freycon echó unas piedras en las tierras del señor Devret. Resultado, palabras ásperas, golpes. El reverendo Champagnat se entera, se presenta en el lugar de los hechos y contempla las piedras aún terrosas por haber sido extraídas por el señor Freycon y arrojadas en las tierras del señor Devret: “No creo que hayan sido precisamente los pájaros del cielo los que las han colocado ahí (dice el Padre Champagnat); creo que se queja sin razón del señor Devret.” El señor Freycon no supo qué responder. En lo sucesivo, ambos vecinos se hicieron amigos hasta el fin de sus días. (Testimonio del Hermano Marie Régis, CPA, página 324.)

<sup>3</sup> LPC 1, doc. 313, pág. 567

<sup>4</sup> “Jesucristo, tú que, según Clotilde, eres Hijo de Dios vivo, ayúdame en mi tribulación y, si me concedes la victoria, creeré en ti y me haré bautizar” (G. KURTH, “Collection, vie des Saints, á Sainte Clotilde”. Éd. Lecoffre, pág. 53, 1905). Testimonio de Gregorio de Tours, primer historiador de las Galias, en el siglo VI, al narrar la victoria de Clodoveo, rey de los francos sobre los alamanes.

<sup>5</sup> 1 Tm 4, 8.

<sup>6</sup> Sal 110, 1.

<sup>7</sup> El P. Champagnat escribía al Hermano Bartolomé, el 21 de enero de 1830: “¡Qué sublime es su tarea, qué altísima!... Cómo me gustaría tener la dicha de enseñar, de dedicar de modo personal mis desvelos a educar a esos tiernos niños” (LPC 1, doc. 14, pág. 53).

<sup>8</sup> Mt 19, 14; Mc 10, 14; Lc 18, 16.

<sup>9</sup> Pr 8, 31.

<sup>10</sup> Mc 10, 16.

<sup>11</sup> Mt 25, 40.

<sup>12</sup> Mt 5, 19.

<sup>13</sup> St 5, 20.

<sup>14</sup> Efectivamente, ése era el número de niños que los Hermanos tenían, sobre todo en la clase de párvulos (LPC 2, pág. 301).

<sup>15</sup> “Cien veces le advirtieron que estaba perdiendo el tiempo, que esas pecadoras públicas casi nunca se convierten de veras del todo (de buena fe); pues, arrastradas por la fatalidad de una larga costumbre, suelen volver siempre a sus primeros desórdenes. Les respondió: Aunque por mi solicitud sólo consiguiera evitar un solo pecado mortal, me daría por muy bien pagado de todos mis trabajos” (DAUBENTON, *La vie du Bx Jean-François Régis*, 3ème édition, page 52. Jacques Lions et Louis Bruyet, Lyon, 1717).

<sup>16</sup> Lc 15, 11-32.

<sup>17</sup> Mt 11, 21; Lc 10, 13; Mt 23, 37; Lc 13, 34.

<sup>18</sup> “La situación de la población de la parroquia de Marlhès en 1808” señala que la primera comunión tenía lugar a los 13 años (AFM, 146.003).

<sup>19</sup> Hb 4, 15.

<sup>20</sup> 1 Co 9, 22.

<sup>21</sup> Los niños del campo hablaban el dialecto de la región.

<sup>22</sup> La mayoría, desde Todos los Santos hasta Pascua. Sin embargo, por entonces, los niños “no se atenían a norma fija: unos entraban en la escuela en el mes de octubre, otros en noviembre, algunos en diciembre o más tarde aún. A este comienzo escalonado (a lo largo de todo el año escolar) –el de Pascua era casi tan importante como el de Todos los Santos– hay que añadir las irregularidades de asistencia diaria” (ANTOINE PROST, *L’enseignement en France de 1800 à 1967*, p. 115. Ad. Armand Colin, 1968).

<sup>23</sup> (“Al respecto), ellos (los Hermanos) darán diariamente el catecismo por espacio de media hora; la víspera de vacación, una hora al día, y los domingos y festivos hora y media” (Règles communes de l’Institut des Frères des Écoles Chrétiennes, chap. VII, art. 6, éd. de 1901, p. 15).

<sup>24</sup> LPC 1, doc. 63 pág. 157.

<sup>25</sup> Carta del 21 de enero de 1830 al Hermano Bartolomé (LPC 1, doc. 14, página 53).

<sup>26</sup> Carta del 1.º de noviembre de 1831 al Hermano Bartolomé (LPC 1, doc. 24, pág. 72). La transcripción del Hermano Juan Bautista no es textual.

<sup>27</sup> Lc 15, 5.

<sup>28</sup> Carta del 3 de enero de 1831 al Hermano Bartolomé (LPC 1, doc. 19, página 61).

<sup>29</sup> Carta del 4 de febrero de 1831 a los Hermanos Antonio y Gonzaga (LPC 1, doc. 20, pág. 63).

<sup>30</sup> Mt 19, 13; Mc 10, 13-16.

<sup>31</sup> Mt 10, 42.

<sup>32</sup> El Hermano Juan Bautista transcribe un párrafo de la carta del 4 de febrero de 1831 a los Hermanos Antonio y Gonzaga (LPC 1, doc. 20, líneas 22-26, página 64). ¿Se refiere a otra carta que no nos ha llegado o hace una amalgama de varias cartas? Lo cierto es que el Padre Champagnat no solía escribir cartas tan largas.

<sup>33</sup> Rm 8, 31.

<sup>34</sup> LPC 1, doc. 14, pág. 54.